

NILITA  
VIENTÓS  
GASTON



el mundo de la infancia

NILITA VIENTÓS GASTON

EL MUNDO  
DE LA INFANCIA

editorial  cultural

CALLE ROBLE NO. 51  
RIO PIEDRAS, PUERTO RICO 00925

Primera edición, 1984

A la memoria de mamá y papá

Copyright 1984,  
Editorial Cultural, Inc. Nilita Vientós Gaston  
Dibujos cortesía de Margarita Fernández Zavala

Impreso en México

Se agradece la generosa colaboración de un grupo de amigos de **Sin Nombre** para la publicación de este libro que conmemora los 38 años de labor de Nilita Vientós Gaston como directora de **Asomante** (1945-1970) y **Sin Nombre** (1970- ). Todo el producto neto que genere la venta del volumen quedará a beneficio de **Sin Nombre**.

## EL MUNDO DE LA INFANCIA

Lo primero que recuerdo de mi infancia es estar casi ahogada con asma —que no me ha abandonado del todo— hundida entre cojines y almohadas, tratada por mis padres, hermanos y sirvientes como si fuera de mantequilla. A pesar de esto, tal vez por esto, tuve una larga y feliz infancia, fuera de lo que llaman el mundo real, un mundo que colindaba por todas partes con las muñecas —que eran más que personas— y los libros que sentí siempre como amigos con los que conversaba y discutía. Vita y Gretchen, mis muñecas favoritas, vivían lo que leía. Eran reinas, princesas, hadas, grandes damas, heroínas de sus patrias, salvadoras de los pobres, maravillosamente vestidas con los trajes que les hacía. Creo que no distinguía muy bien entre la realidad y la fantasía, entre el vivir y el soñar. —¿Distingo ahora?— Todo lo que quería saber, todo lo preguntaba, hasta lo impreguntable, todo debía salir a mi modo. Tenía la prodigiosa facultad de recordar siempre las cosas buenas y olvidar con gran frecuencia las malas.

Pienso que lo que ahora escribo son las memorias de unas memorias, que todo está como deformado o idealizado. Pero así es la memoria; el tiempo la va transformando, puliendo, dejando sólo lo esencial. Se recuerda tanto como se olvida. Todo lo que cuento sucedió de verdad pero lo veo, luego de tantos años, como algo que ocurrió a otra niña, la niña que fui y que no he podido dejar nunca de ser. Lo cuento con tal amor e intensidad como si ahora lo viviera. Toda mi vida está en mi infancia. Es la fuente de mi deseo de seguir viviendo.



## LA FAMILIA

### PAPA

Nació el primero de una familia pobre de doce hermanos en Lares. Del padre, al parecer agricultor, sólo sé el nombre, Galo Vientós. Creo que el apellido era una deformación del francés o del catalán Bientot. Por los cuentos que circulaban, la mamá, Josefa Lamour, era una tirana de carácter insoportable, hablaba sólo para regañar. No quería cuentas con los novios de las hijas. Una de ellas, llamada Ramona, para poderse casar, se escapó con el novio la noche del velorio del abuelo. Quedó para siempre desterrada de la familia y Doña Josefa se negó a verla más. Según otro cuento, otra hija utilizaba los ruedos de los trajes para comunicarse con el novio sin que se enterara Doña Josefa. Aunque fumaba constantemente, prohibió el hábito a los hijos. Ni papá, ya mayor, se atrevía a fumar en su presencia.

Papá dejó su pueblo muy joven con poquísima escuela. Era un gran lector dotado de mu-

cha facilidad de expresión, con la cabeza llena de fantasías. Su ilusión era ser abogado, pero en esa época, dada la precaria situación económica de la familia, era imposible. España era como un país situado en otro planeta. Salió del pueblo no sé si a Mayagüez, San Sebastián o Aguadilla y se metió a periodista. Fundó dos o tres periódicos y escribió un artículo que se hizo famoso y por el que por poco para en la cárcel, "Soldados o bandidos". Casó con mamá en Mayagüez y evidentemente tenía un espíritu errante. Yo nací en San Sebastián, Provín y Rafael en Aguadilla y Patria y Lidia en La Habana.

Ignoro cómo dejó el periodismo y se decidió por la muy rara profesión, en aquellos días, de agente de seguros de vida. Representó la Manufacturer's Life Insurance Company sin saber nada de inglés y su éxito fue tal en Puerto Rico que la compañía decidió enviarlo a La Habana como gerente. Cuando fuimos a La Habana yo tenía tres años, Provín dos y Rafael meses. Pienso en el valor y la habilidad que necesitaba un joven jíbaro puertorriqueño para marchar sin dinero y con tres hijos a un país desconocido en un negocio que muy poca gente aceptaba pues según él me contaba, la mayor parte de la gente creía que asegurarse la vida implicaba morir.

En La Habana tuvo éxito a pesar de las irregularidades económicas en que vivíamos, unas

veces muy bien otras bastante mal. Nunca tuvo sentido del valor del dinero, ni de lo que significaba economizar. Lo que ganaba lo gastaba. Siempre tenía la cabeza llena de negocios productivos y maravillosos que nunca se realizaron. Tenía una hermosa letra, pequeña y recta, que yo imitaba y que me causó graves desacuerdos con las monjas que exigían el mismo tipo de escritura a todas las alumnas. Como ellas no cedían, ni yo tampoco, me quedé varias tardes de penitencia, luego de las clases, escribiendo cien líneas que leían: "Debo escribir hacia la derecha". Como lo hacía en la letra que yo quería las monjas tuvieron que darse por vencidas ante mi testarudez.

Cuando llevábamos unos años en Cuba su padre le escribió que se sentía muy mal, que su situación en la familia era insostenible. Papá decidió irlo a buscar. Según mamá sacó pasaje en un vapor que se llamaba Herrera. Este incidente es una de las leyendas de la familia porque el día en que se iba a embarcar, luego de comunicar la fecha a su padre y dejarlo todo preparado de pronto decidió no hacerlo, sin tener ninguna razón lógica para explicar su conducta. Lo curioso es que el vapor no llegó nunca a la primera escala en Santiago de Cuba, sino que desapareció. Por estas circunstancias el padre de papá, a quien él quería mucho, murió sin que lo volviera a ver.



Era muy afectuoso con nosotros, sobre todo conmigo, pero nunca se pudo entender con Rafael por su falta de interés en los libros. Era un desencanto para él saber que nunca sería el abogado que hubiera querido ser. Ese anhelo cayó en mí. Siempre me regalaba libros en mi cumpleaños: La **Biblioteca Internacional de Obras Famosas**, la **Historia del Mundo en la Edad Moderna**, varias obras de su admirada Concepción Arenal . . . Están todavía en mi biblioteca. Heredé su pasión por la lectura, pasé mi infancia en compañía de su biblioteca.

No me consolaré nunca de los dos o tres cajones que se perdieron en el viaje de Jersey City a La Habana. Muchos libros de papá, casi todos los de mi infancia, retratos de familia y las tan queridas muñecas.

Gustaba de leernos en voz alta sentado en el patio en una cómoda butaca. Dos de sus lecturas favoritas eran el poema "La oración de la tarde" y los relatos de **Las tardes de la granja** del que sólo recuerdo el nombre de Palemón y que nunca más he vuelto a oír. Siempre le veo así.

MAMA

Mamá nació en Mayagüez. Era más bien alta —lucía más alta de lo que era— más bien gruesa y aunque no bonita, atractiva. Lo que llamamos, en nuestra usual parlanza una hembra.

Tenía hermosos ojos, como amarillos, el pelo muy negro y rizo, la tez blanca y unos bellísimos dientes de los que estaba muy orgullosa. A veces, cuando iba a una fiesta, se privaba de comer cosas que le encantaban por no ensuciarlos. Era muy alegre y tenía una hermosa voz de soprano. Sabía romanzas de muchas operetas y zarzuelas, couplés y danzas que entonaba a menudo. Aunque le encantaba la casa y se ocupaba mucho de ella —cosa fácil durante casi toda su vida por el trabajo de los sirvientes— era muy paseadora y callejera. Salía de paseo casi todas las tardes y en la noche iba mucho al teatro, todas las formas de teatro: ópera, opereta, zarzuela, coupletistas, los bufos cubanos . . . Su actriz favorita era Esperanza Iris, casi nunca faltaba a una representación de "La viuda alegre".

Perdió a su padre a los tres meses y a su madre a los once años. Se crió muy sola, con tutores —afortunadamente sus padres le habían dejado dos casas— que eran mallorquines y parecen haber sido muy buenos con ella. Nunca conoció a nadie de su familia, de modo que nosotros en cuanto a la ascendencia de mamá no sabemos nada, sólo que el padre era francés, Joseph Gastón, ingeniero, que vino a Puerto Rico parece que de paso a construir un puente. La madre era de Islas Canarias, vino de visita a ver a no sé a quién. Se llamaba Petronila Ro-

mero. En memoria de esta abuela es que yo cargo con el horroroso nombre de Petronila. La llamaban Nila y yo me quedé en Nilita.

Tenía manía de cambiar los muebles de sitio y a veces, al llegar del colegio, no conocíamos la sala. Parece que yo, por recordarlo, nunca cambio los de mi casa. Donde pongo una silla la dejo hasta que se rompe.

Era muy comelona. Se alegraba cuando no iba la cocinera para poder cocinar. Varias veces a medianoche le daba hambre y se levantaba a cocinar algo, casi siempre arroz guisado.

Nunca durmió bien ni le gustaba estar sola. Cuando papá no estaba en casa y se desvelaba, despertaba a uno de nosotros para que le hiciéramos compañía hasta que papá llegara.

La gran preocupación toda su vida fue nuestra irregular manera de vivir, según subieran o bajaran los ingresos de papá. Un año vivíamos como ricos, sirvientes, trajes caros, prendas, y al siguiente menos sirvientes y vendiendo las prendas. Para mamá, burguesa y muy ordenada, esta vida era un desastre. Las cuentas sin pagar la enfermaban pero era imposible en estos asuntos lidiar con papá. Províen desde muy pequeña se daba cuenta de todo, era la única que acompañaba a mamá en sus tribulaciones. Yo no me enteraba, y si me enteraba no me preocupaba. Mientras pudiera leer y vivieran Vita y Gretchen se podía caer el mundo. El sue-

ño de mamá era una casa de nuestra propiedad, sueño que no logró nunca, más que por muy poco tiempo, en Jersey City, donde vivimos tres años por el gran empeño de papá en que aprendiéramos bien el inglés. Papá nunca quiso comprar ninguna casa porque todas le parecían inferiores a la que él planeaba y no llegó a construir nunca.

Los sirvientes la adoraban. Teníamos reglas inflexibles para tratarlos. Había que hablarles de usted, "Son personas mayores y ustedes son niños". Era frecuente, en otras casas, cuando se servían platos costosos o especiales, cocinar dos comidas, una para los amos y otra para el servicio. Mamá nunca lo permitió: "Si no se puede comprar para todo el mundo no se compra para nadie".

Le encantaba la ropa. Tenía montones de trajes, zapatos y sombreros. Usaba en la casa unas lindas batas de hilo o batista llenas de alforzitas, encajes y pasacintas, estilo imperio, con cola. En verdad parecía una reina con su largo traje y tan bien peinada. La peinadora iba una vez a la semana y le dejaba preparado un postizo, que se llevaba encima del peinado, llamado castaña.

Le encantaban los pájaros. Siempre había canarios en casa. Una vez se encaprichó con un ruiseñor. No sé por qué tomó particular cariño a un canario, tan lindo que parecía de men-

tira. Cuando murió se negó a enterrarlo, lo colocó en una de las dos divisiones de mármol de su tocador y lo contemplaba continuamente. Ya a los tres días no fue posible conservarlo. Le llevó mucho tiempo olvidarlo, siempre lo recordó.

Aunque se tenía por religiosa, era más bien supersticiosa. Rezaba, hacía novenas y promesas e iba a misa todos los domingos. No confesaba ni comulgaba porque papá, que era masón y espiritista, no toleraba a los curas. Para evitar problemas mamá se resignó a no confesar ni comulgar. El primer colegio a que fuimos Provín y yo era de monjas: La Inmaculada Concepción.

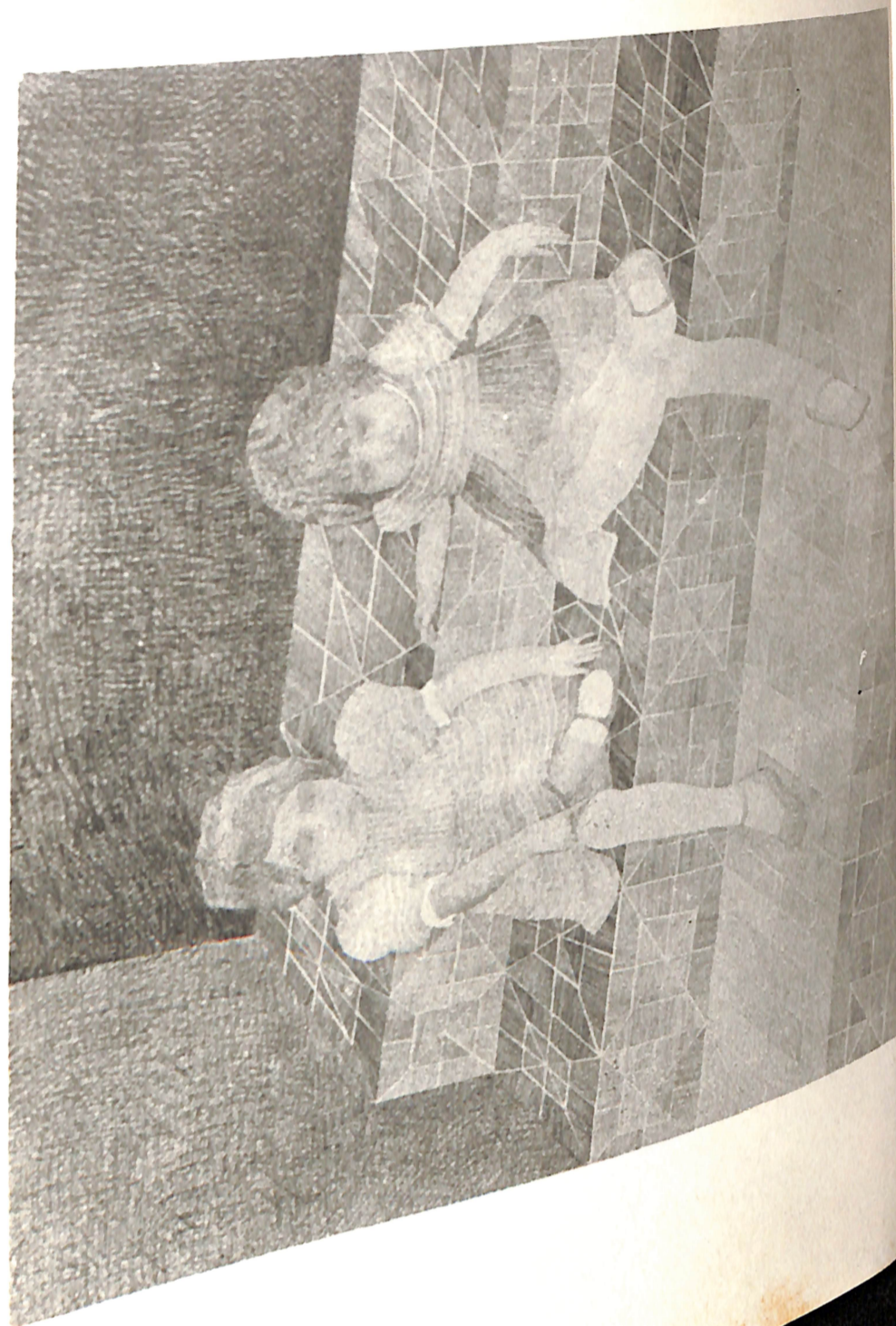
Tenía una peculiar e increíble devoción por San Rafael. Era como el rey del otro mundo. Todo se lo pedía a él. Me contaba que desde niña tuvo esta devoción y que siempre había dicho que si tenía un hijo lo llamaría Rafael. Así lo hizo. Le tenía todo el día ocupado. Peticiones de importancia —malos negocios, enfermedades— —o triviales— que no lloviera para estrenarse un traje. Yo le decía que el día que muriera San Rafael lo iba a notar inmediatamente al percatarse de que nadie lo fastidiaba. Hasta hace poco anduvo por ahí la imagen de San Rafael que ella veneraba desde la infancia.

El Viernes Santo rezaba treinta y tres credos —la edad de Cristo—. Credos que eran co-

mo una especie de banco porque cada vez que se presentaba un problema grave, para ella o sus amigos, mamá sacaba un credo y lo restaba de los depositados. Esto se hacía en situaciones importantes, siempre a fin de año le sobraban varios. Nunca he podido averiguar el origen de esta superstición.

Le gustaba leer folletines y lo que yo llamaba porquerías. De vivir en estos tiempos seguiría las novelas de televisión. Recuerdo que su escritora favorita era Eugenia Marlitt, de quien le entusiasmaba **La princesita de los brazos**. Nunca más oí el nombre de la autora ni el título del libro hasta el año pasado conversando con Pedro Simón. La había leído cuando niño y tan pronto regresó a Cuba me mandó el ejemplar que guardaba como un tesoro.

Siempre que pienso en mamá no la pienso como en sus últimos días, enferma, destruida por la enfermedad, tan deseosa de vivir. Siempre la pienso alegre, reidora, bien vestida, la recuerdo como la vi cuando yo tenía doce o trece años. Vivíamos en una casa de dos pisos en Galiano con una hermosa escalera de mármol. Ese día por la mañana Amelia le había llevado un hermoso traje de batista blanco estampado con grandes flores amarillas, que llevaba en el ruedo, alrededor del cuello y en las mangas pequeños volantes con vivos amarillos. Era una maravilla de traje. Podría pintarlo ahora. Co-



mo a las cuatro de la tarde, cuando ya habíamos regresado de la escuela, mamá se lo puso junto a un sombrero de paja de Italia cubierto de flores, una cartera de plata —que aún conservo— un abanico que colgaba de una larga cadena llamada porta abanico, un reloj que se pegaba al traje con un alfiler de oro en forma de lacito, y una sombrilla amarilla. Parecía una estampa. Nos dijo: “Como no tengo ningún sitio donde ir voy a dar una vuelta en tranvía y estrenar el traje para que nadie se lo ponga antes que me muera”. Todos, con excepción de mi hermano que estaba en el Colegio, nos paramos en la barandilla de la escalera para verla bajar. Siempre la veo así, con su hermoso vestido blanco y amarillo bajando airesamente las escaleras, como una reina, encantada con la admiración que sabía despertaba en nosotros.

#### LOS HERMANOS

Eramos cinco, en orden cronológico: Nilita, Provín, Rafael, Patria y Lidia. Todos tan distintos, física y espiritualmente, que era difícil creer que fuéramos hermanos.

Provín era la perfección de la familia. Su nombre era el apodo de Providencia, así nombrada porque siendo muy pequeña, casi recién nacida, una vecina la salvó de un fuego y mamá la bautizó Providencia como testimonio de un milagro que atribuía a la Virgen de la Pro-

videncia. Nunca la regañaron o castigaron. Jugaba, estudiaba y se levantaba y acostaba a las horas marcadas. Era muy apegada a mamá y mudamente censuraba a papá por las deudas y malos negocios que la hacían sufrir tanto. Se daba cuenta de todo lo que ocurría en el mundo de los mayores y se afectaba por todos. Dijo que siempre tuvo una madurez superior a sus años, conocedora de los problemas de los adultos. A veces pienso que por percatarse de todo no tuvo verdadera infancia. En este sentido era muy distinta a mi, no me preocupaba por los líos económicos. Sólo me importaban los libros y las muñecas. Acaso me refugiaba en el asma, dolencia que me ha perseguido toda la vida, por lo que todos me trataban como si estuviera hecha de tela de araña. Nunca salió de la realidad de todos los días, yo vivía en la realidad creada por mi fantasía. Sufrió mucho los primeros días del Colegio. Era zurda y las oblijas le amarraban la mano izquierda para obligarla a usar la derecha. Lloró calladamente hasta que se acostumbró.

Rafael era un ciclón, la preocupación de mamá, el tormento de Hipólita y la desesperación de papá, que no podía aceptar que un hijo suyo fuera tan hostil a los libros. Era crecido para su edad, fuerte, saludable, juguetón y muy goloso. Siempre decía a Hipólita en el desayuno: "Quiero la taza de 'cocholate' bien llena".

No sé por qué no pudo decir chocolate como hasta los nueve años. No estudiaba ni por equivocación. Casi siempre estaba interno en el Colegio de Belén o el Colegio La Salle —uno de los intentos de papá para domarlo—. No sé si lo botaban o lo sacaban pero nunca duró mucho en ninguno. Fue el único que necesitó manejadora, una sirvienta especial para que lo velara continuamente. Cuando estaba en casa le encantaba subir a la azotea y echarle salivazos a los transeúntes. La puntería era certera. Cuando las víctimas tocaban airadamente para protestar, Rafael hecho un santito, aseguraba que no era él. Se le ocurrían maldades increíbles. Una vez que por su mala conducta no le dejaron salir un fin de semana y mamá fue a visitarlo se quedó atónita al verlo rubio. "¿Qué te has hecho en la cabeza?" Contestó, sereno y satisfecho: "Estaba cansado de tener el pelo negro, me eché peróxido".

Ahora pienso que no era posible que se portara bien, ahogado en el mundo de la casa dominado por mujeres: mamá, tía Juana, las sirvientas, cuatro hermanas, un mundo demasiado apacible con el que no tenía nada en común.

Patria era la belleza de la familia y lo sabía. Se llamaba así en recuerdo de la nunca olvidada patria puertorriqueña. Era la única que mamá llevaba a la peluquería de donde venía hecha una muñeca. Por dos o tres años la vistieron de angel para unas ceremonias religiosas

y lucía mejor con sus alas de tul blanco, salpicadas de estrellitas, que los ángeles de las estampas e imágenes. Aunque siempre estaba contenta le daban, de vez en cuando, unas terribles rabietas que mamá resolvía en seguida sacudiéndola como si fuera un pollo.

Lidia era la de más raro carácter, poco comunicativa y arisca. El pelo rubio y rizo, ojos grandes y verdes, piel muy blanca y delicada —el sol le molestaba—. Cuando muy pequeña armaba algarabías por cualquier contratiempo. A un galleguito, muy joven y gracioso, que acababa de llegar de España y aún usaba alpargatas le hacía gracia aquel llanto quejumbroso y cuando pasaba por la casa, a despachar alguna compra, se divertía gritándole: "Lidia, fea, llorona" (el acento en la primera sílaba). Si lo oía ella gritaba aún más. Fuera de estas inusitadas llantinas era muy disciplinada y obediente. Por su airoso modo de andar y su seriedad parecía una princesa escapada de un cuento de hadas, o un orgulloso personaje salido de una novela inglesa. Todos creían que era una americanita.

Nuestros juegos favoritos eran las comadres, las muñecas y la cuica en el patio y parque. Cuando yo no tenía fatiga disfrutaba mucho de la cuica. Era un as, hacía el paseo, entraba de frente y de espalda, usaba dos sogas... Si Rafael estaba en casa accedía a jugar a las coma-

dres si le permitíamos que hiciera de perro. Cuando más animada estaba la conversación, repitiendo lo que oíamos a papá, mamá o las visitas, Rafael colocado en cuatro patas y ladrando nos caía encima y acababa con todo. Provín, Patria y Lidia vestían, desvestían y daban biberones a grandes muñecas bebés, vestidas con faldellines, botitas y gorritas, que reposaban en el sofá y las butacas de la sala. Elvirita y yo jugábamos con Vita y Gretchen en el comedor. Rafael adoraba los patines y hacía toda clase de piruetas con ellos.

El gran día del año eran los Reyes Magos. Nunca oímos hablar de Santa Claus. La noche anterior nos acostábamos bien temprano aunque dormíamos muy mal, comidos por la curiosidad. Al despertar buscábamos los regalos debajo de las camas. ¡Qué maravilla! Muñecas de varios tamaños, cunas, mueblecitos, juegos de café y ferrocarriles, cosas mecánicas y patines para Rafael. A mediodía los juegos de nosotras estaban sanos y los de Rafael casi rotos por querer averiguar cómo funcionaban. Una vez para investigar por qué abrían y cerraban los ojos las muñecas le rompió la cabeza a una.

Mamá tenía varias manías en cuanto a la comida. Los niños nunca tomaban café. En el desayuno nos daban chocolate, nunca lo tomé cuando grande. Con frecuencia había cocido y escabeche, el escabeche me gustaba pero odia-

ba los garbanzos. El que se negaba a comer un plato se quedaba sin comer.

Nunca nos pegaron, excepto a Rafael que se llevó varios bofetones de mamá y algunos correazos de papá. Los castigos favoritos eran prohibición de ir al teatro o al cine o sentarse una o dos horas frente a la pared. A los que peleaban los ponía a comer juntos en el mismo plato. Era un castigo terrible para una niña tan melindrosa. Antes de comer así, con otro, me quedaba sin comer. Era la gloria para Rafael, comía doble.

Mamá decidía todo lo relaciondado con nuestro proceder en la casa. Tenía un carácter muy fuerte. Cuando imponía un castigo era inflexible. Papá cedía de vez en cuando, mamá jamás. Nos llamaba las cinco repúblicas —república para ella significaba desorden y sentía admiración por la monarquía—. La única dócil y obediente era Provín. Los demás éramos terribles. Lidia lloraba de que la miraran, Rafael daba un puño a cualquiera por cualquier cosa, las rabietas de Patria eran tremendas y yo quería hacer lo que me venía en gana. La verdad es que si mamá hubiera carecido del sentido de disciplina y del don de la autoridad hubiéramos sido cuatro salvajes y una víctima.

Todos los días, al regresar de la escuela, cuando pasaba el dulcero nos daban un centavo para comprar el dulce que preferíamos. Co-

mo no me gustaba el dulce y me sentía obligada a gastar el centavo compraba un merengue, lo lavaba en la pila de agua dejando sólo la tostadita cubierta. Era todo lo que comía.

Mamá tenía remedios para todas nuestras dolencias. En cuanto alguien se quejaba le daba una poción o lo sobaba con un ungüento. Después de estos primeros auxilios llamaba al médico de la familia, el Doctor Aragón, al que refería con detalles los síntomas y las medicinas usadas. El doctor se reía: “¿para qué me llamó si ya usted le recetó?” porque casi siempre acertaba. Todos los meses nos obligaba a tomar un purgante horrible llamado manito y todos los días Emulsión de Scott y aceite de bacalao.

Todos eran muy saludables menos yo que siempre padecía de algo, además del asma. Pescaba las enfermedades que nunca daban a los demás. Pasaba días con un ladrillo caliente envuelto en una toalla cuando me dolía el apéndice. Una vez estuve cerca de un año a dieta de puré, mantecado y caldo por padecer de albúmina. Mamá viendo que no me curaba y ya parecía un hilo, ordenó a Hipólita que me diera a comer de todo. Desapareció la albúmina y aumenté de peso. “Lo que tenía la pobrecita —sentenció Hipólita— era hambre atrasada”.

## LOS SIRVIENTES

### HIPÓLITA

Hipólita va a trabajar a casa como manejadora —así se llamaba en Cuba— de mi hermano Rafael, tan inquieto de carácter que necesitaba cuidado permanente. Hipólita lo quería como si fuera hijo de ella. Llegó a casa a servir ya pasados los cuarenta años, según ella viuda aunque no se había casado nunca. Me contó mamá después que aunque vivió más de veinte años con el mismo hombre no quiso nunca casarse, porque era muy enamorado. Le hizo saber que como él no tendría la ley de su parte si no se casaba, ella no quería hacerlo para poder irse con quien quisiera si la engañaba. Evidentemente nació liberada.

Como en casa unos años estábamos muy boyantes y otros muy mal de dinero cuando llegó uno de esos años difíciles y ya Rafael estaba más grande mamá tuvo que prescindir de algunos sirvientes y empezó por Hipólita. Me cuenta mamá que al comunicárselo se sintió



muy ofendida y se puso a llorar. ¿Cómo era posible que la despidieran sólo porque no podían pagarle? Nuestra casa era su única casa y Rafael como su hijo. Pidió a mamá que la dejara. Se conformaba con tener lo necesario junto a nosotros y los sirvientes que se quedaban. Como al año papá volvió a mejorar de situación y le pagaron todos los sueldos atrasados juntos. Ese día fue de celebración y nos hizo un regalo a cada uno. Yo le pedí un libro. Me llevó a **La Moderna Poesía** —la mejor librería de La Habana— y escogí una edición infantil muy hermosa, de Calleja, de **Las mil y una noches**. Fue el único libro que botó mamá. Suicedió que un día, en la mesa Rafael me mortificaba porque yo casi no comía. Contaba las habichuelas —“voy a comer diecisiete habichuelas”— y si me nombraban un animal asqueroso como las cucarachas no comía más. Ante las majaderías de mi hermano amenacé convertirlo en lebrel y pegarle todos los días hasta convertirlo otra vez en Rafael. Cuando mamá oyó lo de transformar a un niño en animal quedó horrorizada y me preguntó de dónde había sacado tal disparate. Le contesté que podía hacerse diciendo ciertas palabras mágicas y que eso sucedía en **Las mil y una noches**. Me pidió el libro y lo botó a la basura como si se tratara de algo infernal. Fue la única vez que alguien me botó un libro.

Cuando marchamos a Estados Unidos, Hi-

pólita quedó muy triste —éramos, como ella decía— la única familia que tenía en el mundo. Todos nos despedimos de ella muy afectados y mamá prometió mandarla a buscar. Así se hizo. Nunca olvidaré cuando mamá —que fue a buscarla al muelle— se presentó con ella. Con la indumentaria de invierno parecía otra persona. Era bajita, regordeta, muy graciosa y usaba muchos peinecillos de color en “la pasa”, como ella decía, y un chal encima de la blusa. Llegó con sombrero, enfundada en un abrigo, como si fuera un lío de ropa y los dedos todos abiertos y separados porque no soportaba los guantes. Lo primero que dijo fue “es la primera vez que veo una negra con guantes”.

Después del primer día estuvo como aterrada. No comprendía cómo había seres humanos que hablaran otra lengua que no fuera el español. Nosotros le explicamos y la contestación fue que eso no era modo de hablar los cristianos. No hizo ningún intento de aprender inglés. Mamá le advirtió —no había otra sirvienta en Jersey City— que cuando alguien tocara la puerta lo saludara diciendo “good morning”. La primera vez que abrió la puerta al preguntarle mamá quien era contestó muy tranquila: “un animal, habla inglés”. Empezó a perder peso, no se atrevía a salir a la calle por la nieve. Se la pasaba mirando distraídamente por las ventanas y viendo, cuando comenzó el deshielo, como poco a poco iban apareciendo los escalos-

nes de la escalera de entrada a la casa. "¿En dónde diablos está esta casa que todos los días sale un escalón nuevo?". Tenía horror a la caldera —nuestro medio de calefacción—. "Es cosa del infierno, cualquier día explotamos todos". Le cayó una gran tristeza que ella llamaba "pasión de ánimo" y hubo que mandarla a Cuba. Nunca entendió el empeño de "el caballero" como llamaba siempre a papá, de que viviéramos en Estados Unidos para aprender una cosa tan espantosa como el inglés.

Una vez mamá, para distraerla, la llevó a Macy's. Vino asustada porque tenía miedo al "subway" y tanta gente, en una tienda tan grande, la mareaba. Al contar esto, para ella increíble experiencia nos dijo "qué barbaridad, andar debajo de la tierra, me sentía como muerta, iba rezando a la Virgen del Cobre y a San Lázaro para que no me pasara nada, había tantas cosas que no veía nada". Jamás volvió a salir, la casa se convirtió en el refugio de un mundo hostil e incomprensible.

Cerca de casa había una familia norteamericana que había vivido en Cuba de donde trajeron una sirvienta muy simpática, joven e inteligente que ya hablaba muy bien el inglés. De vez en cuando nos visitaba para hablar español y aconsejar a Hipólita. Pero Hipólita no la pasaba, le parecía una traidora: "¿Qué negro puede ser uno que ha aprendido inglés?"

Hipólita no sabía ni leer ni escribir. Tenía una amiga en Cuba que había vivido en el mismo solar que ella antes de ir a servir a casa. Decidió escribirle y contarle de su increíble vida en Jersey City. Patria que tendría como diez años se ofreció a servirle de secretaria. Como lo que Hipólita dictaba le parecía un desatino decidió no escribirlo sino escribir lo que ella creía que debía escribir Hipólita. Hipólita le dictaba que vivía en un sitio imposible que no podía hablar con nadie más que con nosotros, que no se atrevía a salir a la calle por miedo a la nieve y al enemigo —para ella los norteamericanos eran enemigos—. Patria escribía lo que le parecía, casi siempre lo contrario de lo que la pobre Hipólita quería. Cuando llegaba la contestación de Cuba Hipólita quedaba perpleja, le contestaban sobre lo que nunca había preguntado y no hablaban de frío, ni de la caldera, ni del inglés. La pobre Hipólita se vio aún más separada de la gente por esta artimaña de Patria.

Cuando volvimos a Cuba, por muy poco tiempo, estuvo a vernos muchas veces. Mamá quiso que viniera con nosotros a Puerto Rico. No aceptó. "Jamás saldré de Cuba, no quiero saber más ni de nieve, ni de calderas, ni de inglés". A pesar de que le explicamos que Puerto Rico era como Cuba no lo quiso creer. Para ella el único país vivible era Cuba.

Saturnina era gallega, como la mayoría del servicio de aquella época en Cuba. Era fuerte, bajita, usaba el pelo estirado hacia atrás en un moño y según sus propias palabras había ido a Cuba, ya pasados los 50 años, para economizar el dinero necesario para “comprar las tierras que colindan con las mías”... Esa era su ambición. Trabajaba de las seis de la mañana a las nueve de la noche, sin que se le ocurriera pedir un descanso, ni ir jamás a ningún sitio. No gastaba absolutamente en nada, ni tenía amigos. Cuando economizó dinero suficiente mandó a buscar a la más pequeña de las hijas, María —para que la ayudara a guardar dinero— luego de hablar con mamá para que la colocara en casa. Cuando María llegó nos quedamos todos sorprendidos. Era preciosa, tez muy blanca, los ojos muy azules y el pelo muy negro, más bien pequeña y hablaba con una voz muy dulce como si cantara. Todo su equipaje consistía en un hatillo que trajo amarrado con una cuerda y varias faldas que traía todas puestas. Nos admiramos cuando empezó a despojarse, una a una, de ellas, lo menos seis. Mamá la puso a limpiar muebles y a servir la mesa. Nunca había visto un cuarto de baño y nunca se había dado un baño completo. Como en casa el servicio se bañaba todos los días Hipólita se dio cuenta de que ella no lo hacía. Tenía terror a

la ducha. Una vez Hipólita se subió a una escalera a ver cómo se bañaba. María abría la ducha se paraba en una esquina y luego de un rato salía sin bañarse. Esta fue una de las cosas que más trabajo le dio aprender. Era tan linda que todo el que llegaba a casa admiraba su belleza. Las amigas de mamá consideraban un riesgo que se empleara una sirvienta que fuera una tentación para el dueño de la casa.

Pero María no sirvió mucho. Tan pronto la vio el ferretero, de una esquina próxima a la casa, otro español emigrado como de 40 años y ya rico, se enamoró de ella y fue a casa a hablar con Saturnina y mamá para pedir su mano. A los seis meses María era una señora en mucho mejor posición económica que nosotros. El gallego ferretero inmediatamente despachó a Saturnina para Galicia. María, vestida de señora, con sombrero y todo, nos iba a visitar de vez en cuando. La recuerdo mucho porque la primer persona muerta que ví en mi vida fue su hijo. Un niño precioso que murió como a los dos o tres años. Mamá nos mandó a darle el pésame cuando aún el niño no estaba enterrado. El verlo en el ataúd blanco, tan lindo, con los ojos entreabiertos, rodeado de muchas flores blancas me dio tal impresión que no pude volver a ver otro muerto. Las pocas veces que he ido a funerarias evito mirarlos.

## DIONISIA

La cocinera, muy negra, casi color de la tinta, vieja, tenía ya el pelo casi blanco. Su hablar era muy peculiar, salpicado de palabras raras que provenían probablemente de la tribu a que pertenecía. Contaba cuentos espeluznantes como el del general que no se podía enterrar porque llovía tanto que el ataúd flotaba: “Fue maldición de Dios, la tierra no lo quería, había matado muchos negros”...

Siempre estaba arreglándose “la morusa” y mortificaba mucho a mamá porque llevaba siempre la peinilla, llena de vaselina, en la cesta de la compra que hacía todos los días, antes de llegar a casa “¿Dónde quiere que la ponga?”, *ahí no se me pierde*, nada se cocina sucio, *todo lo lavo*”. Mamá tuvo que darse por vencida.

Pasó con ella un incidente que no he olvidado nunca, me reveló un mundo que no conocía. Vivíamos entonces en una casa de dos pisos, con una hermosa escalera de mármol en la calle Galiano, dividida en la mitad por una reja desde la que se tocaba el timbre. Un día, a la caída de la tarde, por averiguar quién era contesté la llamada. Era un gallego alto, bastante joven y guapo. Al preguntarle qué deseaba contestó: “hablar con Doña Dionisia, dígame que es su marido”. Quedé pasmada. En mi mundo los negros andaban con los negros, los chinos con los chinos y los blancos con los blancos.

Dí el recado a Dionisia que lo devolvió diciendo: “Dile que llego a las nueve”. Me preocupó tanto el incidente —sabía que era inútil preguntar a mamá— que cogí la malísima costumbre de preguntar de ahí en adelante a las sirvientas: “¿Su marido es blanco o de color?”

#### DE COMO APRENDI A LEER

No exageraría al afirmar que mi oficio principal ha sido leer. No recuerdo cuando aprendí. Pienso a veces que nací sabiendo leer. Todavía anda por ahí la pluma de nácar y oro que me regaló papá al cumplir cuatro años porque yo leía y escribía bastante bien. Curiosa la razón por la cual, según contaba mamá, aprendí. Vivíamos cerca de un colegio católico de niñas y las estudiantes pasaban frente a la casa, todos los días, con sus uniformes que yo encontraba preciosos: una falda azul marino que llevaba bolsillos con tirantes terminados en vuelitos para sostener una blusa blanca de cuello alto y mangas al codo. Pedí a mamá ir al colegio pero ella me hizo el cuento de que sólo podían ingresar los que supieran leer y escribir. Rogué a tía Juana —una hermana de papá que vivió un tiempo con nosotros— que me enseñara. Aprendí volando soñando en el uniforme. Lo raro es que siempre he odiado los uniformes y el vestir igual a otro. Una de las desdichas de mi infancia fue que mamá insistía en que Pro-

vín y yo usáramos trajes iguales. El color podía variar, oscilar entre el blanco, el rosa y el azul pálido, pero la hechura debía ser la misma. Patria y Lidia también debían vestir iguales. Me mortificaba cuando salíamos todos juntos: Patria primero junto a Lidia, yo junto a Proví, Rafael en el medio y papá y mamá detrás. Todavía me pongo nerviosa al recordar aquella terrible fila.

## EL MUNDO DE LOS LIBROS

Desde que leí el primer libro quedé atrapada para siempre. El libro ha sido más que un conjunto de páginas destinadas a educar o distraer. Ha sido un viaje perfecto en compañía del autor, un viaje para el que no existe el tiempo, ni la distancia, tan o más real que la propia vida.

Recuerdo entre mis primeras lecturas **Los versos sencillos** y "Los zapaticos de rosa" de Martí que aprendí en seguida de memoria — de los que todavía recuerdo gran parte. No sé por qué me impresionó profundamente el verso "aquél canario amarillo que tiene el ojo tan negro". Acaso porque a mamá le encantaban los canarios y siempre hubo canarios en casa.

Leer es para mí como respirar, algo inconsciente que forma parte tan esencial de mi modo de ser que aunque he hecho esfuerzos por recordar cómo aprendí no lo consigo. Leo desde que tengo memoria. He pasado muy pocos días en mi vida sin leer. Jamás se sacia mi hambre de leer. Algunas épocas, sobre todo cuan-

do pequeña, leía días enteros, de la mañana a la noche, dos o tres libros al día. No leía, devoraba. Cuando empezaba una novela no podía dormir divagando sobre el desenlace. Comía a veces con un libro en la falda, cosa que también hacía en la clase de costura.

Tuve la fortuna de que papá era aficionado a la lectura y en contra del criterio de mamá me autorizó a leer todo lo que tenía en su biblioteca, donde reinaba Víctor Hugo. Pasé la infancia y el comenzar de la adolescencia fascinada por **Los episodios nacionales** y algunas novelas de Galdós, una colección de novelas —no recuerdo el nombre de la colección— seleccionadas por Blasco Ibáñez, **El judío errante**, Alejandro Dumas, muchos sobre Napoleón, Pierre Loti, Salgarí, Arsenio Lupin, Julio Verne, cuentos de hadas —que adoraba— **Las mil y una noches**, una historia de España de no sé quién, **La literatura española** de Gil de Zárate, **Las rimas** de Bécquer, Campoamor, Espronceda, muchos cubanos además de Martí: "Hellas Niágara", Plácido, Zenea, la Avellanada, Nieves Xenes, los folletines de los periódicos. Me encantaba Don Quijote y no tragaba a Sancho Panza. Aún conservo el ejemplar en que lo leí por primera vez, muy pequeño, de tafiote rojo y cantos dorados. Siempre me regalaba papá libros en mi cumpleaños. Están todavía en mi biblioteca **La Biblioteca Internacional** de

**Obras Famosas** —leí los 27 tomos saltando los trabajos de ciencia y filosofía que no entendía— **La Historia del Mundo en la Edad Moderna** y varios tomos de Concepción Arenal... ¡Tantos y tantos libros!

Carecía de sentido de discriminación. Lo importante era leer, cualquier cosa que interpretaba a mi modo. Creo que el libro más importante de mi infancia fue **Los miserables**. Lo recuerdo como si lo acabara de leer. Derivé de él mi concepto de la ley y la justicia, que ha variado muy poco. Todos los presos me parecían Jean Valjean y todos los policías Javert. Lo leí en tres días, angustiada porque tenía que perder tiempo en dormir e ir a la escuela. ¿Cómo olvidar los otros personajes: Fantine, Mario, Cossette...? ¿Cómo olvidar la implacable persecución de la rígida incompreensión de la ley frente a la comprensión y compasión de la justicia? Concepción Arenal me había enseñado a odiar las prisiones. Por meses no pensé más que en Jean Valjean. Hablando sobre el libro dije a mamá que cuando fuera abogada iba a cerrar las cárceles para convertirlas en escuelas. Mamá rió y contestó: "Avisame con tiempo para mudarme de país".

¡Qué ensalada de buenas y malas lecturas! Lo curioso es que la memoria que tengo para los libros, con excepción de la música, no la tengo para muchas otras cosas. Es como si la palabra escrita fuera la verdadera realidad.

Los ingleses aparecieron como a los once o doce años con una maestra de inglés —que puso papá a los mayores, Provín y yo— llamada Miss Kate. Una profesora muy estirada que llevaba siempre falda y blusa y el pelo recogido en un moñito en medio de la cabeza. Adoraba a Dickens, creo que para ella era el gran mago de la literatura. Estoy segura de que lo había leído todo. Tan pronto supimos algo de inglés debutamos con **David Copperfield**. Adoré el libro. Ahí comenzó mi larga y continua preferencia por la literatura inglesa. ¡Como no recordaría siempre a David Copperfield, la tía, Mr. Murdstone, little Emily, Agnes, Dora, Peggoty! Me encanté con Dora y leía a menudo las páginas sobre su muerte porque me hacían llorar, cosa que mamá no entendió nunca: “¿Para qué leer lo que te hace llorar?” Traté de convertir a Hipólita en Peggoty, pero no fue posible, faltaba “Barkis is willing”.

Los recuerdos más intensos de mi infancia están asociados a mis lecturas y a las muñecas que vivían mis lecturas. Sólo recuerdo bien de mis compañeros de escuela a Elvirita Alfonso que compartía conmigo el mundo de Vita y Gretchen. De las amigas de mamá sólo recuerdo a la Sra. Bollag —no sé cómo se escribía el apellido, sonaba así—. La bauticé Eugenia Grandet, mi favorito entre los personajes de Balzac. Era alta, delgada, con grandes y muy tristes ojos

negros. Vestía usualmente de oscuro. Lucía siempre joyas que deslumbraban a mamá, ternos de distintas piedras preciosas. Parecía un figurín en movimiento. El marido era alemán, muy alto y grueso, con grandes barbas blancas. La imaginaba muy desgraciada soñando con un novio muy malo, perdido, como el de la verdadera Eugenia de Balzac, a quien vine a comprender muchos años después. Veía a la Sra. Bollag (?) como una especie de santa lujosa.

Los libros son para mí comunes y misteriosos a la vez. No comprendo que se pueda vivir sin su compañía. No leer sería como no hablar. Y es que leer es un modo de hablar. ¿Con quién mejor conversar que con un libro y conversar lo que uno quiere y cuando quiere? Una biblioteca es un mundo habitado por todos los mundos que son y han sido. Es hablar con gentes tan vivas como las que hablan de verdad. Tan personas son para mí los libros que a veces colocaba juntos escritores que creía amigos o enemigos, libros de diferentes temas o de muy distintos personajes, pensando que acaso, en la noche, cuando todos dormíamos ellos conversaban o discutían. ¡Que maravilla si hubiera podido oír lo que se contaban!

No leer sería como no vivir. Los libros han sido para mí maestros de todo. A diferencia de lo que opina mucha gente la continua lectura no aleja de la llamada realidad. Es por el con-



trario lo que mejor permite adentrarnos en la vida, lo que mejor ayuda a comprenderla, es el camino al saber. Porque no se vive para ser feliz, se vive para aprender, para tener sentido de lo hermoso y lo cruel que es vivir, para sentirnos siempre admiradores del gran misterio que el hombre ha tratado siempre de comprender y no lo ha logrado nunca.

Siento morir por dejar mis libros. Berenson, poseedor de una magnífica biblioteca que dejó albergada en su bello palacio, a los amantes de los libros, escribió que si era cierto que el espíritu no muere del todo permanecería siempre merodeando en ella. Si algo queda de mí después de muerta ese algo vagaría también entre los que dejo, recordando los que leí y sintiendo los que dejé de leer.

